Domingo IV de Pascua - Las ovejas escuchan mi voz

Jesús es el buen Pastor y nosotros sus ovejas

El cuarto domingo de cuaresma siempre se conoce como “domingo del buen pastor” porque se lee algún fragmento del capítulo 10 del Evangelio según san Juan, donde Jesús se presenta como el Buen Pastor que da la vida por las ovejas.

Los versículos que escuchamos hoy están en el final, luego de un diálogo de Jesús con las autoridades judías que lo increpan pidiéndole que hable claramente.

Jesús contesta que ya lo ha hecho pero que ellos no creen porque no son de sus ovejas. Mis ovejas, dice Jesús, escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen. Los judíos han escuchado a Jesús, pero no han entendido nada. Le reclaman claridad, pero Jesús les responde que si no entienden no es porque él no haya hablado claro sino porque ellos no son de sus ovejas. Pareciera entonces que no alcanza con escuchar la voz, sino que la propuesta es entender.

Pensaba en esta voz de Jesús que estamos invitados a escuchar. ¿Qué dice esta voz?

Hace un tiempo, la voz que se escuchaba de los pastores eran voces de condena, de juicio, de exigencia y de culpabilidad. Voces que desanimaban y hacían sentir mal.

Por otro lado, decimos que la Palabra de Dios es buena noticia. Esto significa palabras que nos hacen bien, que dan consuelo a nuestro corazón. Que nos dan paz.

Sin embargo, cuando miramos la Palabra de Dios escuchamos las dos cosas. Hay una buena noticia que se anuncia, sobre todo al principio, donde las multitudes van siguiendo a Jesús. Y luego hay también palabras exigentes, que invitan a una vida entregada. Jesús es también duro con los fariseos y con las autoridades judías.

¿Cómo conciliar ambas cosas? Una posible síntesis sería: Jesús nos ama hasta entregar su vida por nosotros y nos invita a amar de la misma manera entregando nuestra vida por los demás. Está claro en esta formulación que el amor es primero. Luego la exigencia.

Pensemos por un momento en nuestra experiencia humana. Un bebé lo primero que escucha son palabras buenas, de bienvenida, de ser querido y aceptado. Luego, cuando crece uno puede empezar a poner límites y exigir. Porque lo hace desde el amor. Sería terrible que fuera al revés. Un bebé que no se sintiera bienvenido tendría que sobrevivir en un contexto adverso. El amor y la misericordia llegarían tarde.

Podemos pensar esto para nuestras familias también. Si en nuestro entorno sólo se escuchan palabras de desaliento, de crítica, de menosprecio… la vida se hace más difícil. En cambio, necesitamos escuchar palabras de amor, de valoración, de aprecio. Es más fácil después recibir la crítica o la corrección.

Tal vez como iglesia dimos por sentado que las palabras de amor ya habían sido dichas, y nos concentramos sólo en las consecuencias, sin darnos cuenta que hubo generaciones que ya no habían escuchado el anuncio de la Buena Noticia. Las exigencias de la Palabra no tenían donde hacer pie. Una predicación que olvide el anuncio de la Buena Noticia o lo dé por sentado, no parece adecuada al mundo de hoy. Por otra parte, una predicación que nunca proponga un camino de amor, que no denuncie las injusticias o invite a un camino de conversión, también sería parcial.

Nosotros como Iglesia queremos anunciar al mundo la Buena Noticia del amor de Dios que perdona infinitamente y de su Hijo Jesús que da la vida por nosotros. El mundo es amado por Dios y en cada corazón humano hay un tesoro. Al mismo tiempo somos invitados a amar hasta dar la vida. Y a caminar por unas sendas que son exigentes. No todo está bien y no todo nos hace bien. Pero cualquier palabra que digamos al mundo de hoy, aún las más duras, deberán brotar de un corazón que ama.